

Paró doña Estefanía en casa de una amiga suya, y ántes que entrásemos dentro, estuvo un buen espacio hablando con ella, al cabo del cual salió una moza, y dijo que entrásemos yo y mi criado.

Llevónos á un aposento estrecho, en el cual habia dos camas tan juntas que parecian una, á causa que no habia espacio que las dividiese, y las sábanas de entrambas se besaban. En efecto, allí estuvimos seis dias, y en todos ellos no se pasó hora que no tuviésemos pendencia, diciéndole la necedad que habia hecho en haber dejado su casa y su hacienda, aunque fuera á su misma madre.

En esto iba yo y venia por momentos, tanto, que la huéspeda de casa un dia que doña Estefanía dijo que iba á ver en qué término estaba su negocio, quiso saber de mí qué era la causa que me movia á reñir tanto con ella, y qué cosa habia hecho que tanto se la afeaba, diciéndole que habia sido necedad notoria más que amistad perfecta.

Contéle todo el cuento, y cuando llegué á decir que me habia casado con doña Estefanía, y la dote que trujo, y la simplicidad que habia hecho en dejar su casa y hacienda á doña Clementa, aunque fuese con tan sana intencion, como era alcanzar tan principal marido como don Lope, se comenzó á santiguar y hacerse cruces con tanta prisa, y con tanto ¡Jesus, Jesus, de la mala hembra! que me puso en gran turbacion, y al fin me dijo:

—Señor alferez, no sé si voy contra mi conciencia en descubrir lo que me parece que tambien la cargaria si la callase; pero á Dios y á ventura, sea lo que fuese, viva la verdad, y muera la mentira. La verdad es, que doña Clementa Bueso es la verdadera señora de la casa y de la hacienda de que os hicieron la dote: la mentira es todo cuanto os ha dicho doña Estefanía, que ni ella tiene casa, ni hacienda, ni otro vestido del que trae puesto, y el haber tenido lugar y espacio para hacer este embuste, fué que doña Clementa fué á visitar unos parientes suyos á la ciudad de Plasencia, y de allí fué á tener novenas en Nuestra Señora de Cuadalupe, y en este entretanto dejó un su casa á doña Estefanía que mirase por ella, porque en efecto son grandes amigas; aunque bien mirado, no hay que culpar á la pobre señora, pues ha sabido granjear á una tal persona, como la del señor alferez por marido.

Aquí dió fin á su plática, y yo di principio á desesperarme, y sin duda lo hiciera, si tantico se descuidára el ángel de mi guarda en socorrerme, acudiendo á decirme en el corazon que mirase que era cristiano, y que el mayor pecado de los hombres era el de la desesperacion, por ser pecado de demonios.

Esta consideracion, ó buena inspiracion, me confortó algo; pero no tanto que dejase de tomar mi capa y espada, y salir á buscar á doña Estefanía, con presupuesto de hacer en ella un ejemplar castigo; pero la suerte, que no sabré decir si mis cosas empeoraba ó mejoraba, ordenó que en ninguna parte donde pensé hallar á doña Estefanía, la hallase: fuíme á San Lorente, encomendéme á Nuestra Señora, sentéme sobre un escaño, y con la pesadumbre me tomó un sueño tan pesado, que no despertára tan presto, si no me despertáran: fui lleno de pensamientos y congojas á casa de doña Clementa, y halléla con tanto reposo como señora de su casa; no le osé decir nada, porque estaba el señor don Lope delante: volví en casa de mi huéspeda, que me dijo haber contado á doña Estefanía, cómo yo sabia toda su maraña y embuste, y que ella le preguntó qué semblante habia yo mostrado con tal nueva, y que le habia respondido que muy malo, y que á su parecer habia salido yo con mala intencion y con peor determinacion á buscarla: díjome finalmente, que doña Estefanía se habia llevado cuanto en el baúl tenia, sin dejarme en él sino un sólo vestido de camino. Aquí fué ello, aquí me tuvo de nuevo Dios de su mano: fui á ver mi baúl, y halléle abierto, y como sepultura que esperaba cuerpo difunto, y á buena razon habia de ser el mio, si yo tuviera entendimiento para saber sentir y ponderar tamaña desgracia.

—Bien grande fué,—dijo esta sazón el licenciado Peralta,—haber-se llevado doña Estefanía tanta cadena y tanto cintillo; que como suele decirse, todos los duelos, etc.

—Ninguna pena medió esa falta,—respondió el alferez,—pues tambien podré decir: Pensóse don Simueque que me engañaba con su hija la tuerta, y por el Dio, contrecho soy de un lado.

—No sé á qué propósito puede vuesa merced decir eso,—respondió Peralta.

—El propósito es,—respondió el alférez,—de que toda aquella balumba y aparato de cadenas, cintillos y brincos, podía valer hasta diez ó doce escudos.

—Eso no es posible,—replicó el licenciado,—porque la que el señor alférez traía al cuello, mostraba pesar más de doscientos ducados.

—Así fuera,—respondió el alférez,—si la verdad respondiera al parecer; pero como no es todo oro lo que reluce, las cadenas, cintillos, joyas, brincos, con sólo ser de alquimia se contentaron, pero estaban tan bien hechas, que sólo el toque ó el fuego podía descubrir su malicia.

—De esa manera,—dijo el licenciado,—entre vuesa merced y la señora doña Estefanía, pata es la traviesa.

—Y tan pata,—respondió el alférez,—que podemos volver á barajar; pero el daño está, señor licenciado, en que ella se podrá deshacer de mis cadenas, y yo no de la falsía de su término; y en efecto, mal que me pese es prenda mía.

—Dad gracias á Dios, señor Campuzano,—dijo Peralta,—que fué prenda con piés, y que se os ha ido, y que no estais obligado á buscarla.

—Así es,—respondió el alférez;—pero con todo esto, sin que la busque la hallo siempre en la imaginacion, y adonde quiera que estoy tengo mi afrenta presente.

—No sé qué responderos,—dijo Peralta,—sino es traeros á la memoria dos versos de Petrarca, que dicen:

*Che chi prende diletto di far frode,
Non s'ha di lamentar s'altro l'inganna.*

Que responden en nuestro castellano: Que el que tiene costumbre y gusto de engañar á otro, no se debe quejar cuando es engañado.

—Yo no me quejo,—respondió el alférez,—sino lastímome: que el culpado, no por conocer su culpa, deja de sentir la pena del castigo: bien veo que quise engañar y fui engañado, porque me hirieron por mis propios filos; pero no puedo tener tan á raya el sentimiento, que no me queje de mí mismo. Finalmente, por venir á lo que hace más al caso á mi historia (que este nombre se le puede dar al cuento de

mis sucesos), digo que supe que se había llevado á doña Estefanía el primo que dije que se halló á nuestros desposorios, el cual de luengos tiempos atras era su amigo á todo ruedo: no quise buscarla, por no hallar el mal que me faltaba: mudé posada, y mudé el pelo dentro de pocos dias; porque comenzaron á pelárseme las cejas y las pestañas, y poco á poco me dejaron los cabellos, y ántes de edad me hice calvo, dándome una enfermedad que llaman lupicia, y por otro nombre más claro la pelarela: halléme verdaderamente hecho pelon; porque ni tenía barbas que peinar, ni dineros que gastar: fué la enfermedad caminando al paso de mi necesidad, y como la pobreza atropella á la honra, y á unos lleva á la horca, y á otros al hospital, y á otros les hace entrar por las puertas de sus enemigos con ruegos y sumisiones, que es una de las mayores miserias que pueden suceder á un desdichado, por no gastar en curarme los vestidos que me habian de cubrir y honrar en salud, llegado el tiempo en que se dan los sudores en el hospital de la Resurreccion, me entré en él, donde he tomado cuarenta sudores: dicen que quedaré sano, si me guardo: espada tengo, lo demas Dios lo remedie.

Ofreciósele de nuevo el licenciado, admirándose de las cosas que le habia contado.

—Pues de poco se maravilla vuesa merced, señor Peralta, dijo el alférez, que otros sucesos me quedan por decir que exceden á toda imaginacion, pues van fuera de todos los términos de naturaleza: no quiera vuesa merced saber más, sino que son de suerte que doy por bien empleadas todas mis desgracias, por haber sido parte de haberme puesto en el hospital, donde vi lo que ahora diré, que es lo que ahora ni nunca vuesa merced podrá creer, ni habrá persona en el mundo que lo crea.

Todos estos preámbulos y encarecimientos, que el alférez hacia ántes de contar lo que habia visto, encendian el deseo de Peralta, de manera que con no menores encarecimientos le pidió que luégo luégo le dijese las maravillas que le quedaban por decir.

—Ya vuesa merced habrá visto, dijo el alférez, dos perros que con dos linternas andan de noche con los hermanos de la Capacha, alumbrándoles cuando piden limosna.

—Sí he visto,—respondió Peralta.

—Tambien habrá visto ó oído vuesa merced,—dijo el alférez,—lo que dellos se cuenta, que si acaso echan limosna de las ventanas y se cae en el suelo, ellos acuden luégo á alumbrar, á buscar lo que se cae, y se paran delante de las ventanas, donde saben que tienen costumbre de darles limosna, y con ir allí con tanta mansedumbre, que más parecen corderos que perros, en el hospital son unos leones, guardando la casa con grande cuidado y vigilancia.

—Yo he oído decir,—dijo Peralta,—que todo es así; pero eso no me puede ni debe causar maravilla.

—Pues lo que ahora diré dellos,—dijo el alférez,—es razon que la cause, y que sin hacerse cruces, ni alegar imposibles ni dificultades, vuesa merced se acomode á creerlo, y es que yo oí y casi ví con mis ojos á estos dos perros, que el uno se llamaba Cipion, y el otro Berganza, estar una noche, que fué la penúltima que acabé de sudar, echados de tras de mi cama en unas esteras viejas, y á la mitad de aquella noche, estando á oscuras y desvelado, pensando en mis pasados sucesos y presentes desgracias, oí hablar allí junto, y estuve con atento oído escuchando, por ver si podía venir en conocimiento de los que hablaban, y de lo que hablaban, y á poco rato vine á conocer, por lo que hablaban, los que hablaban, que eran los dos perros Cipion y Berganza.

Apénas acabó de decir esto Campuzano, cuando levantándose el licenciado dijo:

—Vuesa merced quede mucho en buen hora, señor Campuzano, que hasta aquí estaba en duda si creeria ó no lo que de su casamiento me habia contado; y esto que ahora me cuenta de que oyó hablar los perros, me ha hecho declarar por parte de no creelle ninguna cosa: por amor de Dios, señor alférez, que no cuente estos disparates á persona alguna, si ya no fuere á quien sea tan su amigo como yo.

—No me tenga vuesa merced por tan ignorante,—replicó Campuzano,—que no entienda que, si no es por milagro, no pueden hablar los animales: que bien sé que si los tordos, picazas y papagayos hablan, no son sino las palabras que aprenden y toman de memoria, y por tener la lengua estos animales cómoda para poder pronunciarlas; mas no por esto pueden hablar y responder con discurso concertado, como estos perros hablaban; y así muchas veces despues que los oí,

yo mismo no he querido dar crédito á mi mismo, y he querido tener por cosa soñada lo que realmente estando despierto con todos mis cinco sentidos, tales cuales nuestro Señor fué servido dármelos, oí, escuché, noté, y finalmente escribí sin faltar palabra por su concierto, de donde se puede tomar indicio bastante que mueva y persuada á creer esta verdad que digo: las cosas de que trataron fueron grandes y diferentes, y más para ser tratadas por varones sabios, que pára ser dichas de bocas de perros: así que, pues yo no las pude inventar de mio, á mi pesar y contra mi opinion vengo á creer que no soñaba, y que los perros hablaban.

—¡Cuerpo de mí,—replicó el licenciado,—si se nos ha vuelto el tiempo de Maricastaña, cuando hablaban las calabazas, ó el de Eso-po, cuando departia el gallo con la zorra y unos animales con otros!

—Uno dellos sería yo y el mayor,—replicó el alférez,—si creyese que ese tiempo ha vuelto, y áun tambien lo sería, si dejase de creer lo que oí y lo que ví, y lo que me atreveré á jurar con juramento que obligue y áun fuerce á que lo crea la misma incredulidad, pero puesto caso que me haya engañado y que mi verdad sea sueño, y el porfiarla disparate, ¿no se holgára vuesa merced, señor Peralta, de ver escritas en un coloquio las cosas que estos perros, ó sean quien fueren, hablaron?

—Como vuesa merced,—replicó el licenciado,—no se canse más en persuadirme que oyó hablar á los perros, de muy buena gana oiré ese coloquio, que por ser escrito y notado del buen ingenio del señor alférez, ya le juzgo por bueno.

—Pues hay en esto otra cosa,—dijo el alférez,—que como yo estaba tan atento y tenia delicado el juicio, delicada, sutil y desocupada la memoria (merced á las muchas pasas y almendras que habia comido), todo lo tomé de coro, y casi por las mismas palabras que habia oído, lo escribí otro dia, sin buscar colores retóricas para adornarlo, ni que añadir ni quitar, para hacerle gustoso. No fué una noche sola la plática, que fueron dos consecutivamente, aunque yo no tengo escrita más de una, que es la vida de Berganza; y la del compañero Cipion pienso escribir (que fué la que se contó la noche segunda) cuando viere ó que ésta se crea, ó á lo ménos no se desprecie: el

coloquio, traigo en el seno; púselo en forma de coloquio por ahorrar de *dijo Cipion, respondió Berganza*, que suele alargar la escritura.

Y en diciendo esto, sacó del pecho un cartapacio, y le puso en las manos del licenciado, el cual le tomó riéndose, y como haciendo burla de todo lo que había oído, y de lo que pensaba leer.

—Yo me recuesto,—dijo el alférez,—en esta silla, en tanto que vuesa merced lee si quiere esos sueños ó disparates, que no tienen otra cosa de bueno, sino es el poderlos dejar cuando enfaden.

—Haga vuesa merced su gusto,—dijo Peralta,—que yo con brevedad me despediré desta letura.

Recostóse el alférez, abrió el licenciado el cartapacio, y en el principio vió que estaba puesto este título:

COLOQUIO QUE PASÓ ENTRE CIPION Y BERGANZA,

PERROS DEL HOSPITAL DE LA RESURRECCION,

QUE ESTÁ EN LA CIUDAD DE VALLADOLID, FUERA DE LA PUERTA DEL CAMPO, Á QUIEN COMUNMENTE LLAMAN LOS PERROS DE MAHUDES.

CIPION. Berganza amigo, dejemos esta noche el hospital en guarda de la confianza, y retirémonos á esta soledad y entre estas esteras, donde podremos gozar sin ser sentidos desta no vista merced que el cielo en un mismo punto á los dos nos ha hecho.

BERGANZA. Cipion hermano, óyote hablar, y sé que te hablo, y no puedo creerlo, por parecerme que el hablar nosotros pasa de los términos de naturaleza.

CIP. Así es la verdad, Berganza, y viene á ser mayor este milagro, en que no solamente hablamos, sino en que hablamos con discurso, como si fuéramos capaces de razon, estando tan sin ella, que la diferencia que hay del animal bruto al hombre, es ser el hombre animal racional, y el bruto irracional.

BERG. Todo lo que dices, Cipion, entiendo, y el decirlo tú y entenderlo yo, me causa nueva admiracion y nueva maravilla; bien es verdad, que en el discurso de mi vida, diversas y muchas veces he oído decir grandes prerogativas nuestras, tanto que parece que algunos han querido sentir que tenemos un natural distinto, tan vivo y tan agudo en muchas cosas, que da indicios y señales de faltar

poco para mostrar que tenemos un no sé qué de entendimiento, capaz de discurso.

CIP. Lo que yo he oído alabar y encarecer, es nuestra mucha memoria, el agradecimiento y gran fidelidad nuestra, tanto que nos suelen pintar por símbolo de la amistad; y así habrás visto (si has mirado en ello) que en las sepulturas de alabastro, donde suelen estar las figuras de los que allí están enterrados, cuando son marido y mujer, ponen entre los dos, á los piés, una figura de perro, en señal que se guardaron en la vida amistad y fidelidad inviolable.

BERG. Bien sé que ha habido perros tan agradecidos, que se han arrojado con los cuerpos difuntos de sus amos en la misma sepultura: otros han estado sobre las sepulturas donde estaban enterrados sus señores, sin apartarse de ellas, sin comer hasta que se les acababa la vida: sé tambien que despues del elefante, el perro tiene el primer lugar de parecer que tiene entendimiento: luégo el caballo, y el último la jimia.

CIP. Así es; pero bien confesarás que ni has visto ni oído decir jamás que haya hablado ningun elefante, perro, caballo ó mona: por donde me doy á entender que este nuestro hablar tan de improviso, cae debajo del número de aquellas cosas que llaman portentos, las cuales cuando se muestran y parecen, tiene averiguado la experiencia que alguna calamidad grande amenaza á las gentes.

BERG. Desamano no haré yo mucho en tener por señal portentosa lo que oí decir los dias pasados á un estudiante, pasando por Alcalá de Henáres.

CIP. ¿Qué le oíste decir?

BERG. Que de cinco mil estudiantes que cursaban aquel año en la universidad, los dos mil oían medicina.

CIP. Pues, ¿qué vienes á inferir deso?

BERG. Infero, ó que estos dos mil médicos han de tener enfermos que curar (que sería harta plaga y mala ventura), ó ellos se han de morir de hambre.

CIP. Pero sea lo que fuere, nosotros hablamos, sea protento ó no, que lo que el cielo tiene ordenado que suceda, no hay diligencia ni sabiduría humana que lo pueda prevenir: y así no hay para qué